

DISCURSO DE CONTESTACION
DEL
Ilmo. Sr. D. ANTONIO DE HOYOS



Excmos. e Ilmos Señores,
Señoras y Señores.

Como académico de esta institución murciana, tengo el honor de dar la bienvenida al Ilmo Sr. D. Carlos Valcárcel Mavor. Si a lo largo de la vida se tiene oportunidad de participar en hechos o acontecimientos de condición grata, yo tengo la satisfacción de proclamar hoy ante tanta representación murciana, amigos y familiares de Carlos Valcárcel, el placer que me produce intervenir tan directamente en este acto.

Al escribir estas líneas y dar con la palabra de aire emocional como es el placer de hacer algo, comienzo a percibir una forma de ser y entender la vida, que no anda muy lejos del comportamiento de nuestro nuevo académico.

Alguna vez he tenido ocasión de expresar que la capacidad crítica, la elegancia, la bondad o el sentido del humor, hay que radicarlos, más que en los fondos de la cultura en la forma de servirse de ella. Esta es la grandeza de la admirable fronda que acoge, matiza y perfila modos de vida y maneras de ser; de tal forma, que desde ella se modelan supuestos tradicionales y permanentes, tan necesarios hoy, como la tolerancia, la independencia y el amor a la libertad.

Desde la elección de tema como discurso de ingreso en esta academia de Alfonso X el Sabio, hasta la sutileza y modestia que el escritor Valcárcel maneja, puede rastrearse la condición de esta personalidad, y en la re-



cepción que de ella hacemos hoy aquí en esta casa de la Provincia, surge, en mi caso, con grata espontaneidad, primero la simpatía que hizo trascendente Goethe, segundo, mi admiración.

Hace muchos años, antes de conocer a Carlos, tenía una idea bastante aproximada de esta familia, de su padre Ramón Valcárcel, de sus parientes de Mula. Lo había aprendido en años preciosos, mágicos, en la infancia, cuando al anochecer veía a los Valcárcel en Cieza hablar de los encuentros de mi abuelo Joaquín de Hoyos con el general Valcárcel, cerca de la finca de la Talega, en pleno corazón de Cagitán donde nació nuestro ilustre académico.

Años más tarde, en Murcia, comenzó mi amistad con él, hasta la fecha, donde he podido observar su admirable comportamiento, su constancia en el modo de conducirse en la vida de relación, en el trabajo. Su vida es ejemplo que permite extraer rangos y modos en las funciones elementales y precisas que nos obliga la ocasión o el oficio. Como sus antepasados, gentes del mar, hay en sus notas humanas el atractivo de la solicitud y la observación. La incorporación a esta familia de Carola Mavor su madre, favoreció su capacidad crítica y buen estilo de origen inglés. Lo que hay de antiguo en Carlos Valcárcel es lo que a su vez prestigia la teoría que permite contemplar hechos tan viejos como la misma vida, eligiendo como discurso de ingreso en esta academia, el canto de la aurora, canciones de amanecer de las primeras ciudades nacidas junto al Mediterráneo.

La formación cultural de Carlos Valcárcel viene matizada por esta personalidad tan definida y clara. Sus estudios se consolidan en una técnica necesaria para el trabajo, y su humanística encaja las materias mercantiles superiores, la escuela de periodismo, la función habitual de redactor crítico, la dirección del Festival Internacional del Folklore en el Mediterráneo, donde ha conseguido renovar la sensibilidad de esta región de forma semejante a como lo inició nuestro inolvidable Manolo Fernández-Delgado. Su curriculum vitae es una muestra de actividad profesional, con más de cinco mil artículos, premios, "Medina" de periodismo, "Ciudad de Murcia", emblemas y medallas de instituciones como el "Centro gallego" de Murcia, "Junta central del Bando de la huerta", "Orfeón Fernández Caballero". Hay en su actividad una evidente materia común que define formas de vida y de cultura del rango del canto y la danza. La obra de Carlos Valcárcel tiene un sentido, una dirección que le injerta en la mejor tradición española y mediterránea. Dos libros completan una obra amplia, difícil de clasificar, "La Semanasanta del azahar", y "Ensayo para una teoría del



otoño”, Este último libro lo dedica a su bella esposa Mari Cruz, en un tiempo que le permitió decir: “A mi mujer que no es otoñal, ni le gusta el otoño”.

Con el buen aire que da el humor, con su trascendencia y delicada matización de la vida afectiva, nuestro académico ha podido montar una teoría que contempla especialmente el arte popular mirando en la tradición, en las raíces.

Al replantear el melisma como base de la aurora, es volver a los principios y modelos de la antigua cultura del Mediterráneo, como ya notara el ilustre murciano Dr. Pérez Mateos. La tradición siria, Bizancio, o la autóctona cultura de la Hélade, son fuentes precisas, donde, hasta la fecha, se radica lo más esencial del comportamiento europeo. El mundo de los sentidos, comporta, a su vez, la forma de ser, y la capacidad del mar ahorma las áreas geográficas con la comunicación de las conciencias vivas, articuladas solidarias, en hechos tan naturales como el canto y la danza.

Hace ya mucho tiempo que en la historia y bibliografía del traje popular, la mayor parte de las formas de vestir el pueblo eran modelos que procedían de la aristocracia, y como la moda popular se mantenía más tiempo, se perdía el origen de los modelos. Con la danza sucedió algo semejante. Recuerdo la danza popular de Villalcázar de Sirga, como mimesis de la danza francesa de la época brillante del siglo XVII. En Villalcázar de Sirga, en plena Tierra de Campos, puede verse cómo chicos y chicas del pueblo danzan guiados por una tonada de aire como de pasodoble, matizado y modulado por el ritmo de minué. Los chicos visten traje oscuro de fiesta galante y las chicas traje largo de noche color azul claro. El ritmo, los modales y giros de la danza son propios del siglo francés, metido en España en los años de la Ilustración, radicado y matizado en esta parte de la provincia de Palencia por algún viajero palentino.

Las fuentes son necesarias, como el factor humano, hoy más que nunca, ya que los medios o instrumentos de investigación son también mejores que en el pasado. Es tiempo de replantear y renovar cuestiones de toda clase, que falta nos está haciendo, y de ocuparnos sin exceso de la mayor o menor antigüedad que los conceptos o las cosas puedan tener, del aire de pasado y antiguo que el pueblo da, en este caso, a la canción.

No nos sorprendemos con la tesis de nuestro académico, ya que conocíamos parte de sus ideas sobre esta cuestión, sí admiramos una vez más



la elegante forma de expresión. En la plenitud de la cuenca de ese mar del que esperamos con la próxima y renovada estructura del Sur, replantear también el sentido de sus productos, el vino, la miel y el aceite, como símbolos de una cultura, otra vez, el civismo y la civilización nos llega desde el canto de la aurora como "nuovo pellegrin d'amore".

Con mi congratulación en la Academia, al contar con persona como Carlos Valcárcel termino aconsejando a sus hijos, ya casi universitarios todos, que miren la historia y lo que en la misma germina, por ese perfil de la serenidad y contemplación que entraña toda teoría.

